

# BRIDGE

*Primavera, último año*

Ahora que la ciudad de Atlantic Beach y yo estamos a punto de separarnos, ha comenzado a sucederme algo extraño. A solo dos semanas de terminar mi último año de escuela, de pronto estoy notando cada pequeño detalle: la forma en la que las ventanas del salón de clases cubiertas de salitre enturbian el sol; cómo los pies de los adictos a la playa están siempre llenos de arena; el color de la piel de Wil Hines, con un bronceado veraniego permanente por las horas que pasa entre el océano y el sol. Ahora que todo está por terminar, todo a mi alrededor es más evidente. Más claro. Mi mente intenta convencerme de que voy a extrañar este lugar una vez que haya dejado Miami y comience El Resto de mi Vida, pero eso es imposible. Ya hace casi un año que estoy planeando mi escape.

En el banco junto al mío, Leigh está inclinada sobre su cuaderno de dibujo. En él se ve dibujada una pared de concreto con la frase *¿A qué hora te paso a buscar esta noche, perra?*, grafiteada en llamas de un rosado intenso. Hay plantas trepando por las grietas de la pared y una chica apoyada sobre ella, fumando marihuana. Leigh no es capaz de enviar un mensaje de texto como una persona normal.

Cambia a la siguiente página, en la que escribió:

*¡¡¡Primera fogata del último año!!!*

Le digo que no con la cabeza, ella pone los ojos en blanco y vuelve a pasar la página.

*Bridge. Chica. Vamos.*

La chica aparece desplomada contra la pared, decepcionada. Luce como Leigh: rastas largas hasta los hombros, piel color caoba y ojos oscuros. Incluso la versión en caricatura de mi mejor amiga me encuentra desanimada estos días. Me encojo de hombros y murmuro: “lo siento”, a pesar de que las dos sabíamos la respuesta antes de que preguntara.

Al frente del salón, una profesora suplente mira la pantalla de su computadora con el rostro inexpresivo. Se supone que deberíamos estar haciendo ejercicios de práctica de trigonometría, pero al parecer los treinta y cuatro alumnos tenemos un acuerdo tácito: no haremos nada, dejaremos libre a la suplente para que analice la cuenta de Instagram de su especie de novio.

Mientras Leigh suspira y vuelve a concentrarse en su cuaderno de dibujo, Ana Acevedo recorre el suelo gris plastificado del salón y acerca sus labios al oído de Wil: “Deberíamos ir a la fogata, bebé. Ya nunca sales”.

*Bebé.*

No puedo creer que sigan juntos.

No puedo creer que nosotros no lo estemos.

Veo el cuello de Wil, tenso por el susurro de Ana. Recuerdo la primera vez que me senté detrás de él. Fue al comienzo del cuarto curso en mi nueva escuela, y todo mi cuerpo estaba en carne viva por las quemaduras del sol. Estaba en llamas. Me dolía respirar. Incluso sostener el lápiz me causaba dolor. Así que me senté lo más quieta que pude en el extremo de la silla, contando los cabellos desteñidos por el sol de la cabeza que tenía delante de mí. Cuando llegué al cabello número ochenta y seis, el chico se dio la vuelta.

“Tu piel combina con tu cabello, casi”, dijo él.

Yo parpadeé.

“Te has insolado. Muy mal”, agregó.

“Dah”, le respondí, pero, en el fondo, estaba aliviada por su diagnóstico. Había estado considerando algo en la categoría de una bacteria carnívora.

“¿Tu mamá no te puso protector solar?”.

“Tenía que trabajar”, no le dije que el día anterior había sido la primera tarde de playa en la vida de Bridget Hawking ni que no entendía el sol de Florida. Me había recostado en la arena, con los pies y las manos apoyados sobre los finos granos de arena y la brillante bola de fuego quemándome lentamente sin que me diera cuenta. El agua se veía exactamente como pensaba que lo haría, como un diorama de la playa que diseñé en primer curso. Una lámina arrugada de papel de aluminio garabateada de color azul oscuro.

“¿Y qué hay de tu papá?”, me preguntó.

“Mi padre murió”, mentí. O tal vez no. Mamá me dijo una vez que no tenía idea.

“Ah”, dijo, presionando la lengua en el espacio entre sus dientes delanteros. “¿Quieres venir a mi casa después de la escuela? Mi papá tiene un taller y tú deberías quedarte adentro”.

“Ni siquiera sé tu nombre”, le respondí.

“Wil. Apodo para Wilson, que también es el nombre de mi papá”.

Esa tarde, su padre nos recogió en una camioneta que habían refaccionado y pintado demasiadas veces como para saber cuál era su color original.

“Ella es Bridge”, le dijo Wil.

“¿Bridge como *punte*? ¿El puente de Brooklyn? ¿O el Golden Gate?”, bromeó Wilson con una sonrisa. Cuando giró para guiñarle el ojo a su hijo, noté que tenía el cabello largo. La mayoría de los padres que conocía en Alabama lo usaban rapado.

“Como Bridget”, le dije. “¿De Alabama?”.

“Bridget de Alabama”, repitió. “Desde luego”.

Dejó que viajáramos en la cabina para que mis quemaduras no se pusieran peor. Revolvió un bolso que estaba bajo los pies de Wil y sacó una gorra de camionero que decía CABAÑA DE MARISCOS DE MAMÁ P. La puso sobre mi cabeza para proteger mi rostro del sol. Sobre el tablero de la camioneta había un pequeño pinito de cartón que hacía que todo oliera como a Navidad.

Me puso el cinturón de seguridad y se mantuvo en silencio casi todo el camino, excepto cuando me hacía alguna pregunta como qué tal era Alabama en esa época del año o si Wil le había causado algún problema a la maestra. “Entre nosotros”, dijo como si Wil no estuviera allí, y me guiñó un ojo.

La familia de Wil vivía en una casa blanca, con estilo de rancho, baja y larga, a diez calles de la playa. Estaba ubicada en un terreno doble y detrás había un taller muy grande. Parecía un granero, lo que me hacía

recordar a mi casa. Sobre la puerta del frente tenía un letrero tallado a mano con mucho cuidado: CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE BOTES HINES. En el interior, la luz era tenue y olía a barniz y aserrín. En el centro del taller había un bote balanceándose dado vuelta sobre una mesa de trabajo. Las paredes estaban cubiertas de tableros de clavijas, estanterías de madera y líneas rectas.

El papá de Wil salió para buscarnos algo de comer y nos dijo que, cuando regresara, quería encontrar todo exactamente como lo dejó.

“Entendido”, le dijimos. Nos sentamos con las piernas extendidas sobre el suelo de concreto manchado y comparamos cosas, como nuestras madres (la suya era jefa de personal en un consultorio odontológico en Jacksonville; la mía, una experta en hospitalidad); las cosas que menos nos gustaban de nuestra maestra de cuarto (de la suya, que solo eligiera a chicas como líderes; de la mía, la forma en la que se lamía el dedo cada vez que pasaba una página cuando leía para la clase, lo que significaba que cada libro del salón estaba cubierto con su saliva); nuestras fechas preferidas (la suya era Halloween, porque no se puede comprar sangre falsa en ningún otro momento del año sin parecer loco y también por los dulces; la mía, mi cumpleaños, porque mamá preparaba waffles con Funfetti).

“Y también los días de enfermedad entre comillas”, dije mientras entraba su papá con un plato lleno con porciones de apio y manzana untadas con mantequilla de maní. El falso día de enfermedad era algo especial que mamá hacía para mi hermano Micah y para mí una o dos veces al año. Nos levantábamos a la hora de siempre para ir a la escuela, nos vestíamos, tomábamos el desayuno y, justo cuando mamá nos estaba empujando para salir de la casa, gritaba: “¡Día de enfermedad entre comillas!”, y nos empujaba de vuelta adentro. Llamaba a la escuela y les decía que estábamos “enfermos” y hacía todo un espectáculo de las comillas en

el aire mientras hablaba por teléfono. Luego nos acurrucábamos juntos en su cama, comíamos cereal azucarado directo de la caja y mirábamos dibujos animados hasta que nos quedábamos dormidos.

“¿Qué pasa con los días de enfermedad?”, preguntó el papá de Wil. Él se arrastró por el piso y puso una servilleta frente a nosotros. Un bastón de apio para mí, uno para él; un trozo de manzana para mí, uno para él.

“No hagas que comience con los días de enfermedad”, me dijo Wil poniendo los ojos en blanco.

“No hay tal cosa”, dijo su papá negando con la cabeza. “No importa lo que pase, todos los días...”.

“Vas a jugar”, Wil completó la frase por él.

Cuando Wilson me dejó en casa esa noche, me aseguró que era bienvenida cuando quisiera. Así que fui la tarde siguiente. Y la siguiente. Pasaba casi todos los días en ese taller, hasta que Wil y yo nos hicimos amigos. Mejores amigos. Más. Éramos sólidos: hechos con capas de tardes de meriendas, bailes escolares y primeros besos. Nos tomó años construir esa relación. Y yo la destruí, todo en un abrir y cerrar de ojos.

De alguna manera sobreviví a nuestro último año sin Wil. Pero ya es abril, y con solo unos meses más en Miami, su ausencia se siente más fuerte, como todos los demás detalles de mi vida en Florida. Creo que, si hiciera una Introducción a la Psicología sobre esto, diría que antes de realizar el cambio más grande de toda mi corta vida, necesito algo familiar. Quiero encontrarme con Wil en el taller de su papá. Le hablaría sobre la nube de preguntas existenciales que se ha instalado en mí desde agosto:

*¿Qué tal si no consigo un buen empleo para estudiar?*

*¿Y si mamá no puede sola con Micah?*

*Pero no quiero quedarme aquí, definitivamente no quiero quedarme en Atlantic Beach por el resto de mi vida. Ya no.*

Sonó la campana, veo a Wil deslizarse de su asiento y, apoyando su mano en la cintura de Ana, la guía hasta la puerta, dejando olor a barniz por el camino.

Debe estar trabajando en un nuevo bote. Siempre huele a aserrín y barniz cuando está terminando uno. El barniz era su olor favorito, solía aspirarlo de la lata cuando era chico. Apostaría a que soy la única persona en el universo que sabe eso. Conozco todos sus verdaderos secretos, como que no puede dormir sin tener el canal de National Geographic con el volumen bajo de fondo. Que sabe que su papá lo ama y que su mamá lo intenta, pero no lo conoce realmente. Que solo puede llorar bajo el agua.

Es un desperdicio saber todas esas cosas sobre un extraño.